

## CONSTRUIR LA PERSONA CON ORTEGA

Manuel Carmona Rodríguez\*\*

### RESUMEN

El objeto de esta investigación es explicar y desarrollar la Teoría de la Persona de Ortega y Gasset. En la construcción de la misma, nosotros tenemos que recordar los principios claves del sistema filosófico de Ortega. Este primer ensayo está basado en el capítulo cuarto de mi tesis doctoral, la cual está dividida en siete capítulos. Cada uno de estas subdivisiones han sido hechas aplicando el sistema filosófico y sociológico orteguiano. La verdad es que para la estructuración de estos conceptos y temas, el estudio de la obra de Julián Marías ha sido determinante. Asimismo, el contraste entre dos puntos de vista sobre la Persona, aunque la filosofía de Marías nace de la de Ortega, ayuda a sustentar las refutaciones de esta investigación. Para posteriormente, explicar la actualidad del pensamiento de Ortega en nuestros días. Con Marías, nosotros hemos descubierto segundas realidades en los conceptos de Ortega. Por ejemplo, cuando Marías analiza las diferencias vistas por Ortega entre el hombre y la mujer, Marías comenta que existe una *instalación femenina a diferencia del carácter vectorial masculino*. En el terreno de la amistad, marías piensa de manera diferente a Ortega. Para Marías es posible la amistad intersexual, mientras que para Ortega no. Además Marías ofrece una visión cristiana de la persona, que da un giro radical al sentido de la resurrección. En este primer ensayo, nosotros ofrecemos la definición de Persona; en los próximos ensayos desarrollaremos conceptos como: relación interpersonal, sociedad, generación, usos cotidianos, coetaneidad y contemporaneidad, el Amor, y la Persona como creación divina. Al final, nosotros aportamos nuestra propia teoría.

### ABSTRACT

The object of this research is to explain and develop the Theory of the **Person** on the Ortega y Gasset's Philosophy. In the building of the same, we have had remember the keys principles and the Ortega's

philosophical system. This first essay is based on the fourth chapter of my doctoral thesis, which is divided in seven chapters. Each one of those contents subdivisions have been made applying Ortega's sociological and philosophical system. The *thru* is that for the division of those concepts and second realities, the study of Marías's books has been very important. Also, the contrast among two points of view about the Person, although Marías's Philosophy was born on Ortega, support the several proubs of this research. And to explain the actuality of Ortega's Philosophy today.

With Marías, we have discovered seconds realities on Ortega's concepts. For example, when Marías analyses the differences seen for Otega between man and woman, Marías tells of *fittings feminine and male vector*. In the field of the friendly, Marías thinks different than Ortega. For Marías is possible the intersexual friendly, and defends that *intersexual friendly is the top*. And, specially, Marías applying the future, that is the person, because he is christian, offers a new vision of the resurreccion. In this first article, we offer the definition of Person; in the next essays we develop about: *interpersonal relation; society; generation, daily use; contemporary* and "*coetanary*", *the Love*; and *the Person as divine creation* At the end, we will give our own theory.

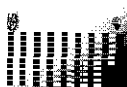
### DEFINICIÓN DE PERSONA

No es fácil definir al hombre; el margen de sus diferencias es enorme; cuanto más grande sea y menos estrecha la noción de hombre con que el historiador inicie su trabajo, más profunda y precisa será su obra. Hombre es Kant y hombre es el pigmeo de Nueva Guinea o el australiano neardenthaloide. Sin embargo, un ingrediente mínimo de comunidad tendrá que existir entre los puntos extremos de la variación humana, un límite forzoso habrá de tener el margen que otorgamos a la humanidad para serlo. Los antiguos y medievales tenían su definición mínima del hombre, en rigor no superada: es el animal racional. Por eso preferimos decir, para los efectos de la historia, que todo hombre es todo ser viviente que piensa con sentido y que por eso podemos nosotros entenderlo. El supuesto mínimo de la historia es que el sujeto de quien habla pueda ser entendido. Ahora bien, no se puede entender sino lo que posee alguna dimensión de verdad. Un error absoluto no nos lo parecerá porque ni siquiera lo entenderíamos. El supuesto profundo de la

\*\* Doctorando en Estudios Europeos

-Periodista.

- Clases impartidas sobre la *Edad de plata de la Cultura Española*, Historia Contemporánea de España en la Universidad Europea



historia es, pues, todo lo contrario de un radical relativismo<sup>1</sup>.

Sin mandamientos que nos obliguen a vivir de un cierto modo, queda nuestra vida en pura disponibilidad. Ésta es la horrible situación en que se encuentra el hombre. De puro sentirse libre, exento de trabas, se siente vacío. Una vida en disponibilidad es mayor negación de sí misma que la muerte. Porque vivir es tener que hacer algo determinado, es cumplir un encargo, y en la medida en que eludamos poner a algo nuestra existencia, evacuamos nuestra vida<sup>2</sup>.

## LAS DOS MANERAS DE SER PERSONA: HOMBRE Y MUJER

Hemos de partir de una *Teoría General de la Vida* cuyo nombre más natural debía ser *Biología* si Lamarck no lo hubiera inventado y acotado para lo que, en rigor, debiera llamarse Zoología, ya que, *bios* no es, como *zoe*, vida orgánica, sino *conducta* del ser viviente, por tanto, digamos *biografía*. Pero la persona es, a la vez, siempre vida individual y vida colectiva. Cada uno de nosotros está hecho, en la mayor porción de sí mismo, de la colectividad en que ha nacido y en que pervive, está informado por ella<sup>3</sup>.

En el mismo instante en que vemos una mujer nos parece tener un ser cuya humanidad íntima se caracteriza, en contraste con la nuestra varonil y la de otros varones, por ser esencialmente confusa. La confusión no es un defecto de la mujer. La mujer vive en perpetuo crepúsculo; no sabe bien si quiere o no quiere, si hará o no hará, si se arrepiente o no se arrepiente. Por eso es constitutivamente secreta. Esto proporciona a la mujer la suavidad de formas que posee su *alma* y que es para nosotros lo típicamente femenino.

La confusión del ser femenino nos aparece junto a su debilidad y, en cierto modo, procedente de ésta, pero la debilidad de ésta se nos hace compresente en el ego femenino. El cuerpo femenino está dotado de una

sensibilidad interna más viva que el hombre, esto es, que nuestras sensaciones orgánicas intracorporales son vagas y como sordas comparadas con las de la mujer. Y como la cultura no es sino la ocupación reflexiva sobre aquello a que nuestra atención va con preferencia, la mujer ha creado la egregia cultura del cuerpo, que históricamente empezó por el adorno, siguió por el aseo y ha concluido por la cortesía, genial invento femenino que es, en resolución, la fina cultura del gesto<sup>4</sup>.

La vida humana se realiza, comenta Marías, en dos formas bien distintas: varón y mujer. Ambas tienen carácter personal, y por eso la igualdad les pertenece en lo que tienen de personas, derechos y deberes, condición económica, jurídica, posibilidades sociales, etc. Aunque su realidad sea distinta enormemente, y el igualitarismo respecto a ella es una violencia y por tanto una injusticia<sup>5</sup>. Es menester entender la persona como aquella realidad cuya forma consiste en vivir, lejos de toda cosa, realidad dramática en la que acontece lo que parecería una contradicción ontológica; la inclusión de la irrealidad por la condición futuriza, la persistencia del pasado a pesar de haber transcurrido. La persona es, pues, una extraña *condensación* de temporalidad, que se actualiza en cada momento. Se podría decir que la persona está *cargada* de temporalidad, que se va descargando en cada uno de sus actos, el cual no sería inteligible de otra manera. Le faltaría la justificación, que es la que lo hace *posible*, porque lo que el hombre hace personalmente, desde sí mismo, desde su unicidad irreductible, no brota de ningún mecanismo externo o de un mecanismo psíquico, sino de una motivación en que interviene la totalidad de la persona. Y la motivación es una movilización de la persona en su conjunto, desde sus raíces y con la íntegra distensión temporal<sup>6</sup>.

En la realidad de la mujer, el horizonte de sus posibilidades se ha dilatado con una celeridad inaudita en los últimos decenios. Se emancipa de una fuerte constricción social, y en pocos años pasa de un estado en que sólo puede hacer aquello que está expresamente permitido, a otro en que, como el

<sup>1</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1929). Lección I *La filosofía hoy*, pp. 284 y 285.

<sup>2</sup>Ortega y Gasset, J.: *La rebelión de las masas* (1930). Cap. ¿Quién manda en el mundo?, p. 162.

<sup>3</sup>Ortega y Gasset, J.: *Pasado y porvenir para el hombre actual* (1951). O. C. T. 10, p. 650.

<sup>4</sup>Ortega y Gasset, J.: *El hombre y la gente* (1939) Cap. VI *Más sobre los otros y yo*, pp. 136 a 143.

<sup>5</sup>Marías, J.: *Mapa del mundo personal* (1993) Cap. II *Persona masculina y femenina*, p. 27.

<sup>6</sup>Marías, J.: Ob. Cit. (1993) Cap. XII *Trayectorias*, pp. 177 y 178.



hombre, puede hacer cualquier cosa que no esté vedada.

***El quebrantamiento de las normas establecidas, característico de la época, afecta de manera radical y mucho más profunda y súbita a la mitad femenina de la humanidad occidental, sobre todo europea, en los Estados Unidos este proceso se había iniciado antes; recuérdense, por ejemplo, las cartas de Valera desde Washington hacia 1885<sup>7</sup>.***

No hay nada más menesteroso e inseguro que una mujer sola, tanto, que su tentación es *huir de sí misma*, de su condición de mujer; pero cuando está instalada en su condición sexuada femenina, tiene la seguridad que da la aceptación de la realidad. La estructura de la vida humana tiene toda una vertiente en la cual, y sean cualesquiera los proyectos y las esperanzas, desembocamos inexorablemente en la necesidad de la resignación: la limitación, la enfermedad, la vejez, la ausencia, la muerte<sup>8</sup>. El hombre, si es veraz, encuentra que es *poca cosa*; y al mismo tiempo descubre, con asombro y cierto espanto, que es una persona en la que se podría ahondar indefinidamente, más aún, que invita a ello, que lo reclama, y si no se hace se tiene la impresión de estar huyendo de uno mismo. Hay épocas en que esto no ocurre más que en límites tolerables, compatibles con una vida personal. Cuando esa huida se generaliza y no está compensada por unos

supuestos que aseguren la instalación, aunque no sea explícita, en esa condición, la persona misma queda en entredicho y la vida humana se rebaja en un grado. Esta es la forma más profunda de decadencia, porque no es económica, política o cultural, sino que afecta a la realidad misma. El carácter finito, limitado, insatisfactorio, pero a la vez proyectivo, futurizo, ilusionado del hombre podría expresarse en seis palabras: *ser persona es poder ser más<sup>9</sup>.*

#### **LA PERSONA COMO RAZÓN VITAL: LA EXPLICACIÓN DE LOS DOS YO DE LA FÓRMULA DE ORTEGA**

Si volvemos a la tesis original de Ortega, *yo soy yo y mi circunstancia*, vemos que *yo* aparece dos veces y con diferente significación: el primer *yo*, aquel que designa *mi* realidad íntegra, es corporal y mundano, y podría decirse que es cuerpo y mundo, en el sentido de que los incluye; el segundo *yo*, el momento de *yoidad*, el *quién* polarmente opuesto a la *circunstancia*, *ni es ni puede ser corpóreo, ni es ni puede ser mundano*, porque no es *cosa* alguna<sup>10</sup>. Es la vida la que *da razón* de la realidad, la que permite aprehenderla en su conexión<sup>11</sup>. El hombre se define más por sus necesidades que por sus posesiones. Si queremos usar una expresión más rigurosa y adecuada, diremos por sus *requisitos*, es decir, por lo que es requerido para su vida. Cuando se dice, según la definición tradicional, que el hombre es animal racional, no se trata de que efectivamente posea la razón y razone, sino que tiene que ejercitarla y *para eso* en alguna forma poseerla<sup>12</sup>. La razón vital no es una forma particular de la razón, sino que es la razón sin más, en su sentido pleno y eminente. Es la razón sin adjetivos. Por el contrario, la razón pura, la razón naturalista, la razón físico - matemática, la razón geométrica, son formas particulares de la razón, es decir, simplificaciones abstractas de ella. ¿Por qué, entonces, se entienden por razón esas formas y es menester adjetivar explícitamente la razón vital?

<sup>7</sup>Mariás, J.: *Lo esperado y lo sucedido 1923-1963* (1963). Obras. T. 10, p. 399. En el planteamiento de Mariás, se observa la aplicación de tres conceptos determinantes en la Filosofía de Ortega. En primer lugar, el de *razón vital* como consecuencia derivada del cambio dado por un grupo minoritario de mujeres, quienes deciden abordar nuevos retos y completar su rol materno y hogareño tradicional, asumiendo nuevas competencias en el terreno laboral y, sobre todo, incorporándose progresivamente a la vida social directiva. En segundo lugar, esas variaciones en las razones de vida de cada mujer en particular y de grupos cada vez más significativos son motivadas por una pugna con las vigencias o creencias de su tiempo. De ahí que Mariás afirme, que las consecuencias fundamentales del cambio de *razón vital* y de *razón histórica* en la mujer hayan tenido y tengan mayores repercusiones en el hombre. Por cuanto, éste por una parte ha de superar la educación en que ha sido previamente formado, al recibir la influencia del padre o de los abuelos, quienes tenían otras creencias respecto al papel de la mujer. Y, por otra, ha de contar con una readaptación de su razón vital personal y colectiva a partir de unos parámetros de comportamiento consensuados con la mujer en nuevos terrenos, y que antes eran establecidos por él.

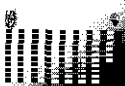
<sup>8</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970) Cap. XX *La figura de la mujer*, pp. 138 y 139.

<sup>9</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1993) Cap. XIII *El fondo de la persona*, pp. 201-202.

<sup>10</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970) Cap. XVI *La instalación corpórea*, p. 106.

<sup>11</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970) Cap. XXI *Razón vital masculina y femenina*, p. 144.

<sup>12</sup>Mariás, J.: *Razón de la Filosofía* (1992:1) Cap. X *La razón se constituye viviendo*, p. 121.



Porque las teorías de la razón existentes hasta ahora han sido teorías abstractas, de esas formas parciales de la razón efectiva, únicas atendidas hasta hoy por el pensamiento filosófico. Pero cuando la doctrina de la razón vital haya alcanzado vigencia suficiente, se entenderá que es la razón *simpliciter*<sup>13</sup>.

### LA PERSONA: HOMO FABER

El problema de la pedagogía no es educar al hombre exterior, al *ánthropos*, sino al hombre interior, al hombre que piensa, siente y quiere.

Nada importante es regalado al hombre; antes bien, tiene él que hacérselo, que construirlo. Por eso, el título más claro de nuestra especie es ser *homo faber*<sup>14</sup>. Y en el caso del hombre no sólo hay una adaptación al medio o, si se prefiere, medio ambiente, sino primariamente una transformación del medio para que se ajuste a los proyectos humanos, es decir, personales. El hecho de que las posibilidades de esto hayan sido muy limitadas durante milenios no debe ocultar que la persona es desde el comienzo técnica<sup>15</sup>.

### LA PERSONA COMO SER IGNORANTE

La condición del hombre es su incertidumbre sustancial. No hay adquisición humana que sea firme. Aun lo que parezca más logrado y consolidado puede desaparecer en pocas generaciones. Ortega concuerda con Platón al definir al hombre como ser ignorante, rebatiendo así a Linneo y al siglo dieciocho, que consideraban al hombre como *homo sapiens*<sup>16</sup>.

### LA PERSONA COMO SER VALIENTE

Aquella capacidad de estar siempre abierto a los demás se origina en lo que es la virtud más estupenda y la fuerza histórica más básica. Es una actitud primaria y previa a todo, a saber: *la de ser valiente ante la vida*. Noten que digo *ante la vida*. Se puede ser valiente ante éste a ante aquel, ante esta o aquella situación, para ejecutar esta o aquella performance, y, sin embargo, ser

cobarde ante el vivir mismo, es decir, sentir capacidad de vivir, sentir terror a vivir si no se dan ciertas condiciones, si no se satisface tal o cual necesidad o placer, si no se logra tal o cual aspiración, comodidades, lujos, éxitos, glorias. Todo condicionamiento de la relación primaria del hombre con la vida quita a aquel independencia con respecto a esta, lo supedita a determinadas condiciones de ésta que pueden darse o fallar, le hace, pues, siervo de cierta figura precisa que tiene que tomar la vida para no ser penosa y temible<sup>17</sup>.

### LA PERSONA COMO RAZÓN HISTÓRICA

La historia de la razón es la historia de los estadios por los que ha ido pasando la domesticación de nuestro desaforado imaginar. No hay otra manera de entender cómo se ha ido produciendo ese afinamiento de la mente humana. Si se supone que ya existía al principio esa facultad plenaria de razonar, no se comprende cómo ha perdido tanto tiempo en manifestar su eficacia. Pero tanto la biología como esto, que era psicología, son puntos de vista particulares y, por tanto, secundarios, que consisten en ocupaciones a las que el hombre se dedica cuando se encuentra que está viviendo. Todas las ciencias particulares surgen dentro y a causa de la perspectiva fundamental y originaria que es el simple hecho de vivir. En este tiene su origen, su cimiento y su justificación todas ellas; y por lo mismo nos transfieren como a una última instancia a la realidad radical que es nuestra vida, la humana vida, la cual es siempre la de cada cual. Y si llamo radical a esta realidad que es mi vida, aplíquelo cada cual a la suya, no es porque la considere la única realidad, ni siquiera como la superior, sino simplemente porque es para mí la raíz de todas las demás. Las cuales, para serme tales realidades, tienen que aparecer o anunciarse de alguna manera dentro de mi vida. Ahora bien, resulta que el hombre no tiene naturaleza: nada en él es invariable. En vez de naturaleza tiene historia, que es lo que no tiene ninguna otra criatura. La historia es el modo de ser propio a una realidad, cuya sustancia es, precisamente la variación; por lo tanto, lo contrario de toda sustancia. Pero es, en parte, una ilusión óptica. Esa forma de vida relativamente quieta, contemplada en su real sentido íntimo, consiste en un venir de otra anterior y en un tender a otra posterior<sup>18</sup>.

<sup>13</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (3ªed. 1961), p. 349.

<sup>14</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1930). *Epílogo para ingleses*, p. 215.

<sup>15</sup>Mariás, J.: *Persona* (1996). Cap. XVI *Dimensiones de la persona*, p. 130.

<sup>16</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1939). Cap. I *Ensimismamiento y alteración*, p. 35.

<sup>17</sup>Ortega y Gasset, J.: *Una interpretación de la Historia Universal* (1948). Apéndice. O. C. T. 9, p. 240.

<sup>18</sup>Ortega y Gasset, J.: Art. Cit. (1951), O. C. T. 10, pp. 646 y 647.



La historia es sobre todo historia de la vida, porque la vida es una extraña realidad intrínsecamente histórica, es decir, que en la historia, y solo en ella, se hace. Por esto solo se puede comprender algo humano mediante la articulación del acontecer histórico con las estructuras permanentes o duraderas<sup>19</sup>. Cada uno de nosotros está habitado, de ahí su condición histórica, por multitudes ignoradas, en formas muy diversas, que penetran sin que nos demos cuenta en nuestra vida, que son ingredientes latentes de la persona que somos. Esas formas de interpretación son limitadas: no afectan a la humanidad entera; por eso no hay historia universal, sino varias, parciales, que en nuestro tiempo empiezan a estar en presencia. La consecuencia es que las personas, a pesar de ser todas históricas, lo son en grados y formas de ilimitada variedad<sup>20</sup>.

## LA BIOGRAFÍA

### LA IMPORTANCIA DE LA VIDA COTIDIANA: EL ENSISMAMIENTO FEMENINO COMO SER HOSPITALARIA

Es hora ya de que resolvamos la latente hipocresía del carácter moderno, que finge interesarse únicamente por ciertas convenciones sagradas, ciencia o arte o sociedad, y reserva, como no podía ser menos, su más secreta intimidad para lo nimio y aún lo fisiológico. Porque esto es un hecho: cuando hemos llegado hasta los barrios bajos del pesimismo y no hallamos nada en el universo que nos parezca una afirmación capaz de salvarnos, se vuelven los ojos hacia las menudas cosas del vivir cotidiano, como los moribundos recuerdan al punto de la muerte toda suerte de nimiedades que les acaecieron. Vemos, entonces, que no son las grandes cosas, los grandes placeres ni las grandes ambiciones quienes nos retienen sobre el haz de la vida, sino este minuto de bienestar junto a un hogar en invierno, esta grata sensación de una copa de licor que bebemos, aquella manera de pisar el suelo cuando camina, de una moza gentil que no amamos ni conocemos, tal ingeniosidad que el amigo ingenioso nos dice con su buena voz de costumbre<sup>21</sup>.

La vida humana como realidad radical es sólo la de cada cual, es sólo mi vida. Esa vida que nos es dada, nos es dada vacía y el hombre tiene que irse la llenando, ocupándola. Eso que ha de hacer no le es impuesto ni prefijado, sino que ha de elegirlo y decidirlo él, bajo su exclusiva responsabilidad. Ésta es su circunstancia y nos obliga a ejercer la libertad personal. Nadie puede sustituirme en esta faena de decidir mi propio hacer y ello incluye mi propio padecer, pues el sufrimiento que de fuera me viene tengo que aceptarlo<sup>22</sup>. Si se pregunta a sí mismo, con rigor y perentoriedad: ¿Quién soy yo?, no ¿qué soy yo? sino ¿quién es ese yo de que hablo a todas horas en mi existencia cotidiana?, caerá en la cuenta del increíble descarrío en que ha caminado siempre la filosofía al llamar al yo en su existencia cotidiana. El yo que usted es se ha encontrado con estas cosas corporales o psíquicas al encontrarse viviendo. Usted es el que tiene que ir viviendo con ellas, mediante ellas. No hay un vivir abstracto. Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es<sup>23</sup>.

El hombre, esto es, su alma, sus dotes, su carácter, su cuerpo es la suma de aparatos con que se vive y equivale, por tanto, a un actor encargado de representar aquel personaje que es su auténtico yo. Y aquí surge lo más sorprendente del drama vital: el hombre posee un margen amplio de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad. **Si por vocación no se entendiese solo, como es sólo, una forma genérica de la ocupación profesional y del curriculum civil, sino que significase un programa íntegro e individual de existencia, sería lo más claro decir que nuestro yo es nuestra vocación.** Pues bien, podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica<sup>24</sup>. La biografía es eso: **sistema en que se unifican las contradicciones de una existencia**<sup>25</sup>. En el caso de Goya, estudiado

<sup>22</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1939). Cap. II *La vida personal*, p. 46.

<sup>23</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1932), pp. 399 y 400.

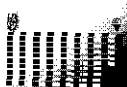
<sup>24</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1932), p. 401.

<sup>25</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1932), p. 409. Página: 5 [0]El sentido original que Ortega otorga a la vocación resulta un auténtico hallazgo no sólo para la Historia de la Filosofía, sino principalmente para toda aquella persona que decida llevarlo a efecto. Frente a los vacíos que determinadas personas han sentido o sienten, a pesar de participar del éxito profesional o social, una

<sup>19</sup> Marias, J.: *La educación sentimental* (1992:2). Cap. I *Las dimensiones de la vida*, p. 17.

<sup>20</sup>Marias, J. Ob. Cit. (1996). Cap. XIX *Interpenetración de personas*, pp. 154 y 155.

<sup>21</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1914). *Lector*, pp. 26 y 27.



detenidamente por Ortega, se ve cómo afecta la aceptación de una vida cotidiana por los otros en la persona y en la obra del pintor. Goya *reforma* su vida. Renuncia a ir a los sitios donde se puede oír cantar a las tiranas porque la vida debe ser *otra* que lo que le gusta. El racionalismo, cuya máxima expresión en moral es el *imperativo categórico*, nos invita a vivir a redropelo. Hay que existir *desde* ciertas ideas que compriman todo primer movimiento, que lo pongan en cuestión. Esto es penoso: *con lo cual, como puedes crearme* (a su amigo Zapater), *no estoy contento*. Goya no volverá a estar contento. Aunque no hubiera caído sobre él, dos años más tarde, la terrible desventura de una parálisis transitoria y una sordera definitiva, la desazón hubiera sido el tono de su existencia porque desde esta época conviven dentro de él dos hombres antagonistas, el temperamento elemental y la mente confusa del aldeano frente al impulso hacia lo alto y selecto de que su talento artístico es solo una manifestación. Quedó desencajado de la tradición, donde el hombre pervive como el niño en la cuna, sonámbulo y le faltó cabeza para instalarse con claridad en la claridad que es el pensamiento. Tan tonto es creer que la razón no es una panacea que lo resuelve todo y no aporta nuevos daños. Se olvida que la existencia humana está hecha de peligros y toda solución es, a la par, nombre de un riesgo<sup>26</sup>.

Y nos es patente que *nuestro yo es en cada instante lo que sentimos tener que ser en el siguiente y tras éste en una perspectiva temporal más o menos larga*. El yo es *una tarea, un proyecto de existencia*. El yo es lo más irrevocable en nosotros. Pero esto no implica que no varíe. Nuestro yo no es, por fuerza, siempre idéntico. Al contrario, experimenta mutaciones que a veces son radicales y tampoco provienen de nuestro albedrío, sino que se produce en él, más o menos motivadas por experiencias de la vida. Pero, en última instancia con un carácter de inexorable espontaneidad. Nuestro yo no consiste nunca en cosas que *queremos ser*, por tanto, en proyectos de acción que están

*vida plena de vocación* lleva a dotarla de un equilibrio personal en todas sus facetas. Al hablar de éstas queremos decir, que el hombre junto a su ocupación habitual, encuentra en la amistad, en el amor, en la familia o en la participación colectiva otras razones vitales que, a pesar de las dificultades para realizarlas, una vez salvadas tras cada intento, le hace vivir la felicidad y sentirse plenamente realizado.

sostenidos a pulso por actos concretos de nuestra voluntad. El yo actúa en regiones mucho más profundas que nuestra voluntad y nuestra inteligencia, y es, desde luego, *no un querer o no desear ser tal*, sino un *necesitar ser tal*. Se parece a la voluntad en su carácter imperativo. Se diferencia en que el mandato del acto voluntario parece emanar de nosotros, somos nosotros quienes mandamos. Además, la voluntad se apoya siempre en *razones*. Nuestro alma, nuestro cuerpo, las cosas en torno o mundo físico, los demás hombres o mundo social, son los que concretamente son según lo que signifiquen referidos a nuestro yo<sup>27</sup>.

Es muy frecuente que el hombre oculte, hasta para sí mismo, sus motivos personales, recubriéndolos con otros que parecen objetivos y más justificables. En nuestra época, el utilitarismo, la conveniencia, sobre todo económica, parecen lo decisivo, la justificación inteligible y aceptable. ¿Es siempre así? La elección de profesión o carrera, el vivir en una ciudad u otra, la orientación política, tienen motivos enteramente diferentes de los que parecen condicionar la decisión. Tal vez el porvenir económico, el prestigio social, el juicio que merecen unos políticos, quedan subordinados al apego a una ciudad, a la resistencia a no ver un paisaje determinado, al deseo de ver con frecuencia a algunas personas, a conservar su estimación. Cuando esto no es así, el suceso biográfico tiene dos caras: la aparente, dependiente de las vigencias o de los motivos reconocidos; y la real y más profunda, que no puede ser clara ni para el interesado, pero que seguirá iluminando su biografía, con un

Ortega introduce un cambio de perspectiva fundamental al afirmar que el hombre no tiene naturaleza, sino que es un proyecto de sí mismo, una obra en continuo intento de realización. Esta distinción será determinante para la posterior definición orteguiana de hombre - egregio y de su opositor, el hombre - masa. El hombre responsable es aquel que se siente vocado a construirse una vida, sabe de algunas dificultades y, sobre todo, que puede fracasar en el intento. Sin embargo, en un gesto de honestidad y de valentía asume los riesgos. En su ensimismamiento, la gran pregunta a resolver es si será capaz de levantarse ante cada caída, y seguir luchando. Por el contrario, el hombre - masa es aquel que no solo quiere que le sea dada la vida, lo cual es igual para todo ser humano viviente -aunque suene a perogrullo-, sino que pretende que le sea dada hecha. Rehuye de las pre-ocupaciones, y sólo reivindica placeres y derechos.

<sup>27</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1950). Cap. Sobre la leyenda de Goya, pp. 548 a 550.

<sup>26</sup>Ortega y Gasset, J.: Goya (1950). Cap. Goya y lo popular, p. 534.



relieve desproporcionado a la importancia que se le concede<sup>28</sup>.

En el caso de la mujer, si no fuera por ella, es posible que el hombre se disolviera en sucesos, detalles, ocurrencias, novedades, minucias, aunque sean de gravísimas consecuencias pueden ser en sí mismas minucias, y si se mira bien, de minucias han dependido casi todas las grandes cosas, principalmente malas, que han transformado la humanidad. La predilección de la mujer por las cosas *básicas* se confunde muchas veces con el afán de seguridad o con la rutina. Se trata de algo bien distinto. Como las mujeres tienen una vida *menos expresa* que la del hombre, como la viven más que la enuncian o explican, es muy frecuente que acepten, con mayor o menor convicción, lo que los hombres proponen, aun a sabiendas de que en realidad se trata de otra cosa. Por otra parte, la mujer se interesa por lo mediocre y lo rutinario, o finge interesarse, porque no se le da lo que verdaderamente quiere. Hay que preguntarse cuándo está la mujer contenta, cuándo se siente ella misma, en plena holgura y espontaneidad. Acaso se contenta con lo que no la contenta, porque tiende a ocultar, y a ocultarse, su insatisfacción. Habría que examinar con atención la expresión del rostro de las mujeres en las diferentes fases de la vida; se vería una variación que no coincide con el paso de los años, con la llegada a la madurez o al envejecimiento.

Esa esencial capacidad humana de *entrar en sí mismo* (el ensimismamiento), que en el hombre tiende a ser un acto, en la mujer tiene un carácter más habitual; estable y seguro: *estar en sí misma*. Lo que en el hombre es más bien un acto vectorial, en la mujer es una instalación, por eso mismo menos perceptible. La mujer puede estar en sí misma, en lo decisivo, ensimismada, mientras hace innumerables cosas, sobre todo las que afectan a la vida cotidiana, sin que ello perturbe su estabilidad, su reposo interior. Esta es la razón de que la mujer, cuando verdaderamente lo es, sea *hospitalaria*. El grado de hospitalidad es un buen instrumento para medir el grado de femineidad. La pavorosa inestabilidad *personal* de nuestra época, al lado de la cual las demás carecen de importancia, por ejemplo, de los amores, matrimoniales o no, tiene una de sus causas, probablemente la principal, en esa pérdida de las raíces profundas de la intrahistoria. ¿Es esto asunto de la mujer o del hombre? Por supuesto de

los dos; pero como esa intrahistoria es primariamente el dominio de la mujer, esa pérdida la afecta sobre todo. Que haya sido inducida por el hombre, en buena medida, parece evidente; pero muchas mujeres han cedido a ella. La mujer, cuando lo es a fondo, puede interesarse vivamente por lo que pasa, y contribuir a que pase, o lo que no es menos interesante, a que no pase. Pero lo hace desde sí misma, sin salir de su realidad ni abandonarla, sin renuncias: haciendo que lo que pasa *pase por ella*<sup>29</sup>.

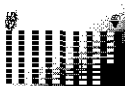
Lo esencial es que cuando la mujer llegue a la casa, del trabajo profesional o vocacional o de ocupaciones que no sean laborables, como pasear o ver museos o simplemente hablar, se instale y empiece a irradiar sobre ella, a *hacerla vivir*. Esto requiere un talento específico. Todo el mundo ha hecho la experiencia de estar, acaso unos días, en casa de personas amigas; son evidentes las enormes diferencias, que oscilan entre el tormento y la delicia, y dependen sobre todo de la cualidad de la mujer, de su manera de impregnar la casa y hacer de ella su obra personal. La habitabilidad de las ciudades, en las que muy rara vez se repara, depende en gran proporción de la presencia de la mujer, de la huella de su manera de vivir, de la medida en que se dejen sentir sus proyectos. Esto se puede extender a los diferentes barrios de una misma ciudad, cuando es grande, y cada uno podría comprobarlo sin salir de la ciudad en que vive, mirándola con un poco de atención<sup>30</sup>.

Habría que preguntarse cuántos hablan con mujeres *dejándolas ser*. Se puede hablar con ellas interminablemente, por próximas y familiares que sean, si son plenamente mujeres nunca están vistas, nunca se las puede dar por conclusas. La razón es que no dan lo que han leído, oído, aprendido, ni siquiera hecho, sino lo que *son*, y esto no está nunca terminado: se va haciendo, va brotando como de un manantial. La palabra *fuentes*, tantas veces aplicada literariamente a la mujer, tiene un valor conceptual inapreciable. Esto nos hace recordar la condición fontanal del deseo. Hay que ver a la mujer desde sus deseos, más que desde su

<sup>28</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1987). Cap. V *La intrahistoria, historia de la mujer*, pp. 64 a 69.

<sup>30</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1987). Cap. XIV *Lo habitable: casa y ciudad*, pp. 177 y 179.

<sup>28</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1993) Cap. XII *Las trayectorias*, pp. 178 y 179.



voluntad, al hombre también, pero esto tiene mayor radicalidad en la mujer<sup>31</sup>.

### LA PERSONA ANTE LAS ETAPAS DE SU VIDA

El hombre no tiene pasado porque es capaz de recordar sino, al contrario, ha desarrollado y adiestrado su memoria porque necesita del pasado para orientarse en la selva de posibilidades problemáticas que constituye el porvenir. Este es siempre lo primero en la vida humana. Todo lo demás es reacción ante el perfil que el porvenir nos presenta. En efecto, nuestro pasado es función de nuestro futuro<sup>32</sup>. En el supuesto de la juventud, señalaba Ortega ante el hecho de la actitud tomada por los jóvenes universitarios: las asociaciones de estudiantes alemanes han solicitado enérgicamente que se reduzca el plan de estudios universitarios. La razón que daban no era hipócrita: urgía disminuir las horas de estudio porque ellos necesitaban el tiempo para sus juegos y diversiones, para *vivir la vida*. Este gesto dominante que hoy hace la juventud me parece magnífico. Sólo me ocurre una reserva mental. Pero ¿no es exorbitante? *La juventud, estadio de la vida*, tiene derecho a sí misma, cortando los puentes y quemando las naves que conducen a los estadios subsecuentes, parece declararse en rebeldía y separatismo del resto de la vida. ***Si es falso que el joven no debe hacer otra cosa que prepararse a ser viejo, tampoco es parvo error eludir por completo esta cautela.*** Pues es el caso que la vida, objetivamente, necesita de la madurez; por lo tanto, que la juventud también la necesita. Es preciso organizar la existencia: ciencia, técnica, riqueza, saber vital, creaciones de todo orden, son requeridas para que la juventud pueda alojarse y divertirse. Hoy goza el ocio floreciente que le han creado generaciones sin juventud<sup>33</sup>.

El acto más íntimo y a la vez más sustanciosamente solemne de nuestra vida es aquel por el cual nos dedicamos a algo, y no es mero azar que denominemos esa acción con el vocablo *dedicar*, que es un término religioso de la lengua latina. La *dicatio* o *dedicatio* era el acto solemne en que la ciudad, representada por sus magistrados, declaraba destinar

un edificio al culto de un dios; por tanto, a hacerle sagrado o consagrado. Y, en efecto, decimos indiferentemente de alguien que se dedicó o consagró su vida a tal o cual oficio y ocupación<sup>34</sup>.

El hombre no solo va viniendo su vivir, sino que, conforme lo va haciendo, se va formando en él, sin su amencia ni premeditación, espontáneamente, una idea o conocimiento de lo que es la vida. La lengua usual ha acuñado una expresión para denominar este espontáneo conocimiento que el hombre va logrando de lo que es la existencia humana. Lo llama *experiencia de la vida*. Conforme el hombre la va adquiriendo va modificando su propio vivir. Ahora bien, ese saber que llamamos *experiencia de la vida* no lo adquirimos reflexivamente, por un especial esfuerzo intelectual, como el saber científico, sino que se va formando en nosotros automáticamente, aunque no queramos. Es intransferible y cada nueva generación no tiene más remedio que comenzar desde el principio de su vida<sup>35</sup>.

Por eso puede definirse la madurez o la vejez diciendo que empieza a ver ya la espalda de las cosas. Porque esto que he llamado experiencia de la vida personal, por mecanismos que le pertenecen, se amplía a la experiencia de la vida colectiva del pueblo a que uno pertenece. Y más aún; a través de ese pueblo se amplía a todo un proceso histórico de experiencias

Si antes aseverábamos que uno de los errores de un tipo de hombre o de mujer actual es tener una sola razón vital o vocación, lo que sería igual que sólo poner la vida a una carta, cuando lo lógico es ponerla a varias cartas; el joven en numerosas ocasiones incurre en la equivocación de querer separar su vida presente tanto de su vida anterior, la niñez, como de la posterior, la de adulto, sin entrar ahora a detenernos en la vejez. El joven, siempre teniendo presente, que nos referimos al descrito por Ortega, aquel que sólo piensa y actúa en función de sus apetencias y de sus derechos, incurre en vicio con hondas consecuencias para su vida diaria que le deviene. Se distancia de la realidad que ha de asumir cotidianamente, deja de aprender a superar los obstáculos. Cae en una actitud de egoísmo con hondas consecuencias para su vida como estudiante, como profesional, como amigo, hijo, compañero de faena, novio o cualquier otra relación que se plantee. Se produce la desvertebración en la narración de cada capítulo de su novela personal.

Página:

8

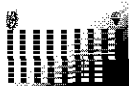
<sup>31</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1987). Cap. XVII *El continente misterioso*, pp. 211 y 212.

<sup>32</sup>Ortega y Gasset, J.: Art. Cit. (1951). O. C. T. 10, p. 654.

<sup>33</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1930). *Apéndice Juventud*, p. 254.

<sup>34</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1948). Cap. 1 *La experiencia de la vida*. O. C. T. 9, p. 14.

<sup>35</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1948). Cap. 1 *La experiencia de la vida*. O. C. T. 9, pp. 25 y 26.





humanas que la memoria de nuestro pueblo o del conjunto de pueblos a imagen del proceso histórico universal se va formando, no menos que las más humildes experiencias de nuestra vida privada, al cabo de los tiempos, automáticamente y sin que intervenga o apenas intervenga nuestra reflexión<sup>36</sup>.

No hay en lo humano identidad constitutiva, como creyeron incluso los mejores fundadores de la ciencia histórica en el siglo XVIII. Hay estructuras que se llenan de contenido *biográficamente*, y por tanto históricamente. **No hay vida natural, el gran espejismo de la Edad Moderna**, sino siempre proyectiva, imaginada, inventada, argumental. No tiene ningún sentido la contraposición, de que hoy tanto se gusta, entre lo *natural* y lo *cultural*, no se puede vivir sin imaginación, anticipación del *quién* que se pretende ser<sup>37</sup>.

La primera experiencia, que pertenece rigurosamente a la instalación, porque es previa al encuentro de uno mismo con su contorno y con su propia realidad, es la de la madre y el padre. La materna es inmediata, envolvente, seguida de la lactancia, constante. La madre es la primera compañía, el padre significa más bien una presencia discontinua, aunque pueda ser muy frecuente. Esta experiencia primera pueda ser de duración sumamente variable, desde unos cuantos meses hasta llegar al estado adulto. La cualidad de ella admite diferencias extraordinarias de afectividad, seguridad, respeto, temor, estimación, estímulo. En cada forma de sociedad y de época, esta experiencia condiciona la primera modulación de la vida humana; en cada caso particular la individual queda afectada por la experiencia privada e intransferible. No se olvide que de esta experiencia brotan los modelos de varón y de mujer y se reciben desde antes de saber que se trata de ello, y de las relaciones entre ambos.

Tan pronto como el niño se encuentra y vive desde sí mismo, se hace presente el futuro en forma de expectativa, anticipación, probable impaciencia, y desde luego inseguridad. Desde el comienzo de la vida, el niño distingue eficazmente entre personas y cosas, de un modo vital, pero no expresamente intelectual. Podríamos decir que el niño vive en un mundo

personal, pero *piensa* en un universo de cosas<sup>38</sup>. La vida humana es *futuriza*. En los adultos esto no es particularmente relevante salvo a largo plazo, pero decisivo cuando se trata de niños o personas muy jóvenes, en el caso de los viejos la edad vuelve a ser importante porque se cuenta con la probabilidad de que no estén ahí en un futuro cercano. Lo decisivo, sin embargo, es que la condición futuriza afecta a la persona: al proyectarse, cada uno se imagina, no solamente con la inseguridad de si seguirá viviendo en el plazo de su imaginación, sino que se ve como otro, alterado por el transcurso del tiempo y de los cambios de la circunstancia, física y sobre todo humana. Esto indica que la realidad es insuficiente<sup>39</sup>.

Una segunda experiencia configuradora es la pubertad. No se piense todavía en lo sexual. El muchacho o la muchacha se desprenden de la *placenta* social originaria y *tratan de vivir por su cuenta*. Sustituye las vigencias de la escuela, familiares, etc., por las de un grupo que ejerce sobre él un imperio, por lo general mucho más fuerte. De hecho, en muchos casos, y sobre todo en las sociedades actuales, ese grupo está manipulado por adultos, acaso más viejos que los padres, que deslizan en él sus particulares preferencias y propósitos.

No es fácil el determinar cronológicamente el descubrimiento de la condición sexual. En sentido estricto casi coincide con el principio de la vida; el niño distingue desde muy pronto entre hombres y mujeres, a los cuales añade la categoría de sus *semejantes*, los niños. Por otra parte, la diferencia sexual se manifiesta desde los primeros meses, el niño y la niña se comportan, en gestos y actitudes, de dos maneras bien distintas.

Lo específicamente sexual es mucho más tardío. Contra lo que suele suponerse ahora, el interés primario del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre sea *propiamente* sexual. El hecho de que se introduzca esta interpretación en las mentes de los jóvenes perturba la actitud espontánea. En rigor, se sienten atraídos por la otra forma de la vida humana, con el acompañamiento de una tonalidad sentimental que *preludia la actitud amorosa*, al fondo, ciertamente,

<sup>36</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1948). Cap. 1 *La experiencia de la vida*. O. C. T. 9, pp. 27 y 28.

<sup>37</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1992:2). Cap. I *Las dimensiones de la vida*, p. 18.

<sup>38</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1996). Cap. XVI *Dimensiones de la persona*, p. 130

<sup>39</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1986). Cap. I *La condición personal de la vida humana*, pp. 17 y 18.

pero solo al fondo aparece la referencia propiamente sexual. Esto culmina con la aparición del amor, que se convierte en el horizonte de la convivencia, y en los casos más intensos, cuando se produce el enamoramiento en sentido estricto, una de las más enérgicas experiencias en la constitución de la vida humana. A cierta altura de la vida, el hombre y la mujer se sienten instalados en una fase que, como todas da una impresión de relativa estabilidad. Se toma posesión de uno mismo y de sus recursos. Pero a la vez se reconoce la limitación: ya no se harán algunas cosas, no se será lo que hasta entonces parecía posible. Hay un elemento de posesión y otro de renuncia.

Se ha hablado mucho de la probabilidad de crisis a ciertas edades, sobre todo cuando se alcanza la madurez. En los matrimonios, se atribuye a la habituación, al deseo de novedad, a las preferencias por una mayor juventud. Sin duda estos factores son insuficientes; pero cabe preguntarse si hay otro, más bien *estructural* y biográfico a la vez, que podría ser decisivo. Es la *corteza*, y que disminuye su sensibilidad, su flexibilidad, su capacidad de salir de sí mismo; y sobre todo su *vulnerabilidad*, el temor a la misma suele ser el motivo determinante de la *corteza*. La vulnerabilidad aumenta con los años, no por ningún misterio sino porque la vida se va complicando, se hace más coherente y trabada, y por tanto las repercusiones de cada punto sobre el conjunto se intensifican. Esto es inquietante, peligroso, con frecuencia doloroso y de largas y profundas consecuencias. Un impulso de defensa lleva a muchos a segregar eso que se ha llamado corteza, como una envolvente que protege a la vez que aísla<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1986). Cap. XI *La instalación en el mundo personal*, pp. 168 y 169. El reconocimiento de esta actitud de la persona tendría repercusiones muy valiosas, si quien se crea esa *coraza de autoprotección* fuese capaz de erradicarla. El ser humano que se la pone se muestra de manera esquiva a sus semejantes, pero no solo ante cualquier persona con la que se topa en su vida, sino especialmente ante aquellas con las que comparte su existencia y ha decidido hacer su trayectoria vital. Este hecho último es de una gravedad suprema, porque el autoprotegido monta una muralla alrededor de sus proyectos vitales, se instala en un estadio de desconfianza y reserva para con sus seres queridos. La situación tiende a desembocar en crear dudas a éstos con quienes comparte su vida diaria, y a desarrollarse un proceso mutuo de progresivo distanciamiento. Además, desde mi perspectiva, supone una tendencia de la persona al uso reiterado de los instintos, que le hace perder sus niveles de humanidad, de vaciar en parte sus razones vitales, en favor de un comportamiento a priori a la defensiva respecto al otro.

Una experiencia radical, que puede darse en muy diversas fases de la vida, es el descubrimiento real de la muerte ajena. El joven sabe que es mortal, que tiene que morir, pero esa condición le parece *lejana*, en un sentido muy preciso: la aloja en un futuro tan remoto, que no imagina el sujeto que algún día morirá. Al llegar a cierta altura, el hombre se reconoce como el mismo que morirá, imagina *su* muerte. Por supuesto, su hora es incierta, y a esa incertidumbre se une otra mayor: la significación de la muerte, su realidad y el destino ulterior, si lo hay.

Y hay, por último, otra experiencia constitutiva, con demasiada frecuencia olvidada o negada: el descubrimiento del *mal* y de algo conexo pero distinto: la *maldad*. Hay dolor, enfermedad, accidentes, engaños, ausencias, pobreza, muerte. Son ingredientes de la vida; el encuentro con ellos es en la mayoría de los casos indirecto; estos males son comunicados, mostrados, comentados, interpretados. La consecuencia de ellos que se recibe, junto con la experiencia, es una valoración. Si la insistencia en los males es muy grande y reiterada, se puede llegar a la convicción de que la vida es principalmente eso. En nuestra época no se está lejos de esta impresión, lo que en muchos casos anula la percepción de lo bueno y lo valioso, que en otras circunstancias ocupa el primer plano y reduce el mal a algo secundario.

Algo distinto es el descubrimiento de la maldad; algo irreductible a las limitaciones de lo real, a los accidentes, a los desastres naturales, a lo negativo que simplemente ocurre o sobreviene. Hay ciertos males que son *queridos*, *voluntarios*, provocados. Cuando esto se impone, se enfrenta uno con un fenómeno enteramente distinto, que es la maldad. Puede ocurrir que de tal manera esté presente, que impida la confianza, la espontaneidad de la vida, el goce de ella, la percepción y posesión del bien, la posibilidad de la felicidad. En otros casos se intenta desconocer o enmascarar la maldad, se trata de justificarla y negar su existencia, lo que es casi siempre una manera de solidarizarse con ella. Pero el que acepta esto sabe que se engaña, que hace trampa<sup>41</sup>.

#### LA PERSONA COMO VOCACIÓN DE PROYECTOS INTEGRADORES

---

<sup>41</sup>Marias, J.: Ob. Cit. (1992:1). Cap. XIII *Las experiencias radicales como ingredientes de la vida*, pp. 159 a 164.



Todas nuestras potencias de seriedad tendemos a gastarlas en la administración de la sociedad, en el robustecimiento del Estado, en la cultura social, en las luchas sociales, en la ciencia en cuanto técnica que enriquece la vida colectiva. Se tiende a pensar que son trivialidades dedicar una parte de nuestras mejores energías, y no solamente los residuos, a organizar en torno nuestro la amistad, a construir un amor perfecto, a ver en el goce de las cosas una dimensión de la vida que merece ser cultivada con los procedimientos superiores. Y como ésta, multitud de necesidades privadas que ocultan avergonzados sus rostros en los rincones del ánimo porque no se las quiere otorgar ciudadanía; esto es, sentido cultural. Desde la perspectiva de Ortega, toda necesidad, si se la potencia, llega a convertirse en un nuevo ámbito de la cultura<sup>42</sup>. Desde uno cualquiera de sus lugares es, en rigor, el bosque una posibilidad. El bosque es una suma de posibles actos nuestros, que, al realizarse, perderían un valor genuino. El individuo es el puro esfuerzo con que individualizamos lo ajeno<sup>43</sup>. La ida es una operación que se hace hacia adelante. Se vive desde el porvenir, porque vivir consiste inexorablemente en un hacer, en un hacerse la vida de cada cual a sí misma. La acción es sólo el comienzo del hacer. Es sólo el momento de decidir lo que se va a hacer, de decidirse. Pero la vida no es sólo el comienzo. El comienzo es ya el ahora. Y la vida es continuación, es pervivencia en el instante que va a llegar más allá del ahora. No basta la acción, que es un mero decidirse uno, sino que es menester fabricar lo decidido, ejecutarlo, lograrlo. Ello nos obliga a buscar medios para pervivir, para ejecutar

el futuro, y entonces descubrimos el pasado como arsenal de instrumentos, de medios, de normas, de recetas. El hombre que conserva la fe en el pasado no se asusta del porvenir, porque está seguro de encontrar en aquel la táctica, la vía, el método para sostenerse en el problemático mañana. El futuro es el horizonte de los problemas, el pasado la tierra firme de los métodos<sup>44</sup>.

El yo es siempre presente. Mas lo que se presenta en ese presente es un futuro, un radical sentir que necesitamos ser en el instante inmediato y además ser en él de una manera determinada. De suerte que el modo de estar en el presente nuestro yo es un constante estar viniendo a él desde el futuro. Esta es la razón de que sea siempre previo a todo acontecimiento de nuestra vida. Por la misma razón nuestro nacimiento no nos acontece, no es un hecho que forma parte de nuestra vida, sino otra historia que otros nos cuentan. Pero el porvenir consiste en un océano de meras posibilidades nuestras. De entre ellas una se nos hace presente con el carácter extraño de sernos necesaria, a pesar de que no es sino una mera posibilidad como otra cualquiera. A fuer de posibilidad no existe garantía ninguna de que logre realizarse por mucho que necesitemos su realización. La materia de que está hecho el porvenir es la ya enunciada inseguridad. Esa posibilidad necesaria, y a la vez, insegura es nuestro yo. Éste lo primero que hace, antes de darse cuenta del presente en que está, es estirarse hacia el futuro, se futuriza, y desde allí se vuelve al presente, a las circunstancias en que nos hallamos, y entonces las advierte al oprimir contra ellas el peculiar perfil de exigencias innumerables que lo constituyen. Cuando nuestro yo consigue en buena parte encajarse en la circunstancia, cuando ésta coincide con él, sentimos un bienestar que está más allá de todos los placeres particulares, una delicia tan íntegra, tan amplia que no tiene figura y que es lo que denominamos felicidad. Viceversa, cuando nuestro contorno, cuerpo, alma, clima, sociedad, rechaza la pretensión de ser que es nuestro yo y le opone por muchos lados esquinas que impiden su encaje, sentimos una desazón no menos amplia, no menos íntegra, como que consiste en la advertencia de que no logramos ser el que inexorablemente somos. Este estado es lo que llamamos infelicidad. El lenguaje común nos hace decir en uno y otro caso: somos felices, somos infelices. Pero la expresión no es suficientemente adecuada.

<sup>42</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1914). *Lector*, pp. 22 y 23.

<sup>43</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1914). *La voluntad del barroco*, p. 158. El bosque es la suma de y cada una de las posibilidades que a la persona se nos ofrece para dar razón de nuestra vida. Incluso es más, porque ante la tesitura de no estar contento o decidido por una de las propuestas que se le hace, el hombre tiene la opción de intentar construir otra. El esfuerzo en este caso se acentúa, por cuanto, al igual que aquel que ha elegido un modo de vida ya conocido, tiene la dificultad de hacerlo realidad; pero cuenta con la traba adicional de tener que mostrar ante los demás, quienes le van a exigir más por su osadía de querer crear un estilo de vida nuevo, desconocido para ellos y para la época. Un comentario muy usual que tiene que escuchar todo aquel que pretende innovar su sentido y sus ocupaciones es ¿pero, tú no te puedes dedicar o hacer lo que hace todo el mundo? ¿No podías haber escogido otra cosa menos complicada? Esa persona para poder abordar su proyecto ha de apoderarse de una enorme dosis de ilusión y de capacidad de aguantar los malos tragos. La ilusión necesaria para cada etapa sucesiva, la alegría que reconforta cuando se llega a una meta y se prepara la siguiente. La necesidad de crear la resistencia para los momentos difíciles.

<sup>44</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1932). *Pidiendo un Goethe desde dentro*. O. C. T. 4, p. 396.

Habría que decir: somos felicidad, somos infelicidad, porque la verdadera *materia* de que está hecha la vida humana es esa dual entidad *felicidad - infelicidad*. Todo lo demás es secundario a ella y de ella procede. Cuanto hacemos y, entre lo que hacemos, cuanto pensamos, lo hacemos y lo pensamos movidos por el afán de lograr felicidad, lo que es su reverso, de evitar la infelicidad<sup>45</sup>.

Toda ética que ordene la reclusión perpetua de nuestro albedrío dentro de un sistema cerrado de valoraciones es *ipso facto* perversa. Como en las constituciones civiles que se llaman abiertas, ha de existir en ella un principio que mueva a la ampliación y enriquecimiento de la experiencia moral.<sup>46</sup>

El mundo es siempre *mi mundo*, el mundo de *alguien*. Y entonces resulta que, por mucho que se distinga entre mundo sensible y mundo inteligible o mundo exterior y mundo interior, en cuanto mundo los dos son mundo: *el mío*. Yo soy el que unifica y mundifica a la vez los dos mundos. ¿Quiere decir esto que se desvanece la tradicional escisión en dos mundos, que ha cruzado la historia de la filosofía? Pero la distinción entre dos mundos adquiere ahora un sentido radical: el que *es* y el que *no es*, sino será. Se trata del futuro, y más en general de la posibilidad. La realidad del futuro, a priori, no puede ser material. No somos futuro, sino perfectamente real y presente; pero el sufijo español *izo*, que indica inclinación, orientación o propensión: cada uno es *futurizo*: presente, pero orientado al futuro, vuelto a él proyectado hacia él. Cada persona está en *este mundo* y en el *otro*: el que anticipa, proyecta, imagina, el que no está ahí, el de mañana; y éste, el de sus proyectos, ese mundo irreal en el cual cada uno es, es el que confiere su mundanidad, su carácter de *mundo*, a este mundo material y presente, que sin el *yo futurizo* no lo sería<sup>47</sup>.

#### INSTALACIÓN Y ESTRUCTURA VECTORIAL

El concepto de *estructura vectorial* es el reverso del de instalación. No tienen sentido el uno sin el otro; se son recíprocamente. Sólo desde una instalación pueden lanzarse las flechas proyectivas de la vida humana;

sólo apoyándose en ella puede el arco tener la tensión necesaria, puede tenderse. A la inversa, sólo para esa proyección estamos activa y no estáticamente instalados. La instalación tiene también carácter dramático. Ninguna realidad encontrada por mí puede ser otra cosa que circunstancial, en cuanto *me* es realidad, en cuanto la descubro como real. Porque me aparece como término de la flecha de un proyecto. De ahí la condición radiante e irradiante de la vida humana, que va a condicionar el carácter de todas las dimensiones de la estructura empírica<sup>48</sup>. Hay que distinguir tres planos en la realidad de la vida: la estructura que llamamos *analítica*, que se descubre analizando los requisitos o condiciones necesarias, y por eso universales, de una vida concreta, y que conduce a la teoría general de la vida. En segundo lugar, la *estructura empírica*, así llamada porque se conoce por experiencia, pero que no es meramente experimental o azarosa, sino que tiene carácter estructural, permanente o al menos duradero, y que es precisamente lo que llamamos el *hombre* y que es estudiado por la antropología. Finalmente, la concreción *histórico social* de esa estructura, la forma efectiva en que acontece<sup>49</sup>. La persona tiene una estructura empírica, que es la forma concreta de nuestra circunstancialidad. No solo está el hombre en el mundo, sino en este mundo; sino que tiene esta estructura corporal y no otra. En el caso del sueño, el mundo en que vive el hombre tiene día y noche que alternan; su cuerpo tiene una estructura fisiológica que le impone el dormir; pero ¿cuánto y cuándo? Probablemente, durante milenios el hombre ha dormido mucho más que ahora, y por supuesto de noche, y más en invierno que en verano; la técnica reciente de la iluminación ha alterado todo esto y ha dejado al hombre en libertad respecto a la hora, y en relativa en cuanto a la duración<sup>50</sup>.

El modelo de pensamiento vigente durante siglos, forjado sobre la estructura de realidad que son las cosas, de uno u otro tipo, pero siempre definidas por lo que *son*, sin inclusión de la irrealidad en su contenido mismo, ha insistido en la noción de identidad. En el

<sup>45</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1950). Cap. Sobre la leyenda de Goya, pp. 551 y 552.

<sup>46</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1914). *Lector*, p. 17.

<sup>47</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. II *Los dos mundos*, pp. 20 y 21.

<sup>48</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. XII *La estructura vectorial de la vida*, p. 84.

<sup>49</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1993). Cap. I *Las dimensiones de la vida*, p. 15.

<sup>50</sup>Mariás, J.: *La vida humana y su estructura empírica* (1952). Obras. T. 1, p. 361.



caso del hombre se habla de *identidad personal*, fundada en la continuidad y permanencia de la sustancia, y primariamente del cuerpo, o bien en la persistencia de las vivencias en la memoria. No es que esto no sea verdad, ni que carezca de importancia; pero sobre todo no son más que *recursos para los proyectos, es decir, para el futuro al que tenemos que ser fiel y del que depende, no la identidad, de la que el hombre propiamente carece, sino su mismidad*. La realidad radical, ya lo dijo Ortega en sus **Meditaciones del Quijote**, es yo y mi circunstancia, mi vida. Ésta es la organización real de la realidad. Ese yo inseparable de su circunstancia. El descubrimiento de la persona humana acontece mediante un dato primario y esencial, pero acaso desorientador: la corporeidad. No se puede decir de ella *esto es*, porque *está siendo, va a ser*, sin límite conocido. Consiste en innovación, siempre puede rectificarse, arrepentirse, volver a empezar, en suma, renacer. La persona es a la vez intimidad y trascendencia. Se pierde la persona y quedan restos o precipitados por desilusión. Cuando la persona se rodea de una *corteza protectora* para evitar su esencial vulnerabilidad, pierde su condición personal hasta para sí misma<sup>51</sup>. Lejos del ideal ontológico de Grecia que fue la *suficiencia*<sup>52</sup>.

En algunos momentos sentimos que estamos realizando lo que verdaderamente somos. Está aconteciendo el cumplimiento de lo que es nuestra problemática, insegura realidad, que puede escaparse

<sup>51</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1996). Cap. I *Presencia*, pp. 13 a 19. Este planteamiento de Mariás quiero tomarlo como punto de partida para la que posteriormente será nuestra hipótesis acerca de la posibilidad de que el hombre esté hecho a imagen y semejanza de Dios y, por tanto, quede abierta la posibilidad de la resurrección. Si nos centramos en el pasaje personal y bíblico de los cuarenta días y noches, con sus tentaciones, que Jesucristo hubo de padecer durante su retiro al desierto (Mateo, 4, 1-11), vemos como el Hijo de Dios, llegado un momento de su vida, también como cualquier otra persona se vio ante el temor y la dificultad de elegir su trayectoria. O serle fiel, por tanto, aceptar su compromiso de mostrar el camino que lleva a la salvación, de vivir el martirio de la Pasión a cambio de corroborar su origen divino. Y, sobre todo, alcanzar la inmortalidad, que en él tiene un doble sentido. Por un lado, es el descubrimiento de algo que no por desconocido, porque era consciente de ello, aún no había vivido. Y, por otro, si aunamos este momento de la vida de Cristo con aquel otro de sus últimos instantes de vida, ya crucificado, en que el Hijo se dirige al Padre diciéndole: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mateo 27, 45-47.); se capta la analogía entre la persona y Jesucristo, entre el hombre y Dios.

<sup>52</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1996). Cap. XI *Perfección e imperfección*, p. 92.

de nuestras manos. En esos momentos experimentamos una curiosa impresión: *la de que vale la pena haber vivido, pase lo que pase*. En la gran mayoría de los casos, se pone en juego la vida desde fuera, y es un modo de enajenación. En contadas ocasiones el riesgo no es aceptado desde la intimidad, con la evidencia de que no se podría hacer otra cosa y seguir siendo uno mismo, pero que por supuesto se podría rehuir el peligro al precio de ver que ello significaba la deserción de uno mismo, de la persona que se es. Esta forma de *valor* es un rasgo esencial de la posible perfección de la persona<sup>53</sup>.

El hombre tendrá que ser, desde el principio, un animal esencialmente *elector*. El *elegans* o elegante no es más que el que elige y elige bien. El latino advirtió que después de un cierto tiempo la palabra *elegans* y el hecho del elegante, la *elegantia* se habían desvaído algo, por ello era menester agudizar la cuestión y se empezó a decir *intellegans, intellegentia*: inteligente. El hombre es inteligente, en los casos en que lo es, porque necesita elegir<sup>54</sup>.

El mundo vital se compone en cada instante para mí de *un poder hacer esto o lo otro, no de un tener que hacer por fuerza esto y sólo esto*. Por otra parte, esas posibilidades no son ilimitadas, en tal caso no serían posibilidades concretas, sino la pura indeterminación, en que todo es igualmente posible, no cabe decidirse por nada. Para que halla decisión tiene que haber a la vez limitación y holgura, determinación relativa. Esto se expresa con la categoría circunstancia, en una disposición en torno, *circum*, de las cosas y demás personas. No se vive en un mundo vago, sino que el mundo vital es constitutivamente circunstancia, es este mundo, aquí, ahora. Y circunstancia es algo determinado, cerrado, pero a la vez algo abierto y con *holgura interior, con hueco y concavidad donde moverse, donde decidirse*. Nosotros aceptamos la fatalidad y en ella nos decidimos por un destino. Vida es destino<sup>55</sup>. Tanto vale decir que vivimos como que nos encontramos en un ambiente de posibilidades determinadas. No existe ninguna circunstancia o elemento del contorno, y menos solo del contorno

<sup>53</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1996). Cap. XII *La radical experiencia del amor*, pp. 104 y 105.

<sup>54</sup>Ortega y Gasset, J.: Art. Cit. (1952), p. 622.

<sup>55</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1929). *La realidad radical es nuestra vida*, p. 431.

geográfico, que por sí pueda constituir dificultad para el hombre, cualquiera que esta sea. Sino que solo se transforma en dificultad relativamente a cómo sea el hombre que con ella se encuentra. El hombre no es natural, no tiene naturaleza, no está escrito a un ser fijo, es infinito en posibilidades, como Dios es infinito en actualidades<sup>56</sup>.

### EL CASO DE LOS ROMÁNTICOS

La afirmación revolucionaria y abstracta de los *derechos del hombre* se irá llenando de contenidos más concretos: se reconocerán los de realidades olvidadas o postergadas. Esto lleva a un enriquecimiento de un mundo que se había vivido de una manera demasiado esquemática. Se produce una *dilatación de la vida*. Lo pintoresco, el color local, lo misterioso, el sentimiento, la pasión, reclaman sus derechos más allá de las teorías que simplificaban todo y la reducían a figuras abstractas. Se descubre la profundidad de lo humano, la oscuridad que no se deja iluminar por la *razón* e incita a penetrar en ella, lo inefable: una vida nueva. Y esto da a la vida, en medio de la agitación, la inquietud, la confusión, un nuevo sabor, una intensidad mayor, un gozo antes desconocido, aunque parezca aliado al dolor. Se afirma la *individualidad* frente a la universalidad de la razón y el *espíritu*. Se estima lo más propio y privado, el *alma*, aquello que, al menos en principio, es incomunicable. El hombre romántico gustará de verse a sí mismo como *incomprendido*. Es la razón de que en lugar de las cartas leídas en compañía durante el siglo XVIII se escriban *diarios íntimos*, con la esperanza, sin embargo, de que alguien los leerá y comprenderá<sup>57</sup>.

### LA PERSONA SE MANIFIESTA EN LA CARA

En la cara, la persona *está aconteciendo*; lejos de ser inerte y estática, simple porción de materia orgánica con forma y color determinados, la tensión de los músculos, la textura de la piel, esa acción continua y renovada a un tiempo que es mirar, todo eso hace que la cara esté siempre haciendo algo, y en ello se está haciendo. La cara es una estructura dramática, que viene hacia mí, que avanza hacia delante, y eso quiere decir hacia el futuro: es el órgano somático de la

futurición. Por eso, la cara nunca está *dada*, sino que, a lo sumo, se está dando. Deberíamos decir que no vemos el rostro humano, sino que asistimos a él. Pero, a la vez, en la cara *está* la persona; no simplemente pasa, o ejecuta actos, o se mueve, sino que se demora; en ella tiene su morada, su *chez - soi*. La permanencia de la cara a través de sus movimientos y sus gestos, que plantea un delicado problema fenomenológico, es la manera como se descubre para nosotros la realidad de la persona que *está viviendo*<sup>58</sup>.

### EL AZAR Y EL COSMOS COMO CIRCUNSTANCIAS

El afán de seguridad, dominante en el hombre de nuestro tiempo, lleva al intento de eliminar el azar; esto se hace a veces en forma estadística; pero entonces se recae en la necesidad; si no, se llega a la monada sin ventanas, que trata de evitar la exposición al azar, o, en otra forma, a la anestesia, a la coraza o corteza protectora, el *esqueleto externo* de que se reviste con tanta frecuencia el hombre adulto para no ser tan vulnerable. Todo esto puede hacerse, pero es a costa de una mengua en la realidad personal: en la medida en que estoy protegido del azar o exento de él, no soy yo, sino que he experimentado una *cosificación*. Oscilamos, pues, entre el azar y la necesidad; a la combinación de ambos se llama desde hace milenios *destino*, pero no se ha solido entender bien, porque se lo ha interpretado desde una mentalidad de *cosas*, no como *destino personal*. Y quien gobierna esa pareja inseparable y enemiga azar- necesidad, que habita en la imaginación, es la *libertad*<sup>59</sup>.

Pero esto quiere decir que hay que entender activamente la expresión *estar en el mundo*. El hombre no es ciertamente creador, y por eso se encuentra en el mundo. Pero es demiurgo: hace el mundo, *su mundo*, con aquello que le es dado, pero sólo es hasta entonces circunstancia. La historia humana es, en una de sus dimensiones, la historia de esa reabsorción, de la proyección sobre la nuda circunstancia de los proyectos concretos que van a hacer de ella, en cada caso, mundo. Y por eso es posible una singular *historia del mundo* como historia de las diferentes maneras en que el mundo lo ha sido: una historia de la mundanidad

<sup>56</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1948). Cap. XI *La indefinición del ser humano*, O. C. T. 9, pp. 199 y 200.

<sup>57</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1992:2). Cap. XIV *La explosión sentimental del romanticismo*, p. 172.

<sup>58</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. XVIII *El rostro humano*, pp. 124 y 125.

<sup>59</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. XXVI *Azar, imaginación y libertad*, p. 183.



o de la estructura mundana de la vida<sup>60</sup>. Es claro que el hombre está en el cosmos y dentro de él tiene un puesto. Pero supóngase que se cambia de expresión y en lugar de hablar del hombre hablo *de mí*, de mi vida. : ¿es qué mi vida está en el cosmos? Al contrario, el cosmos está en mi vida; yo, en mi vida, encuentro el cosmos. Estoy viviendo, haciendo algo en cada instante, tratando con la realidad, proyectando y decidiendo, y una de las cosas que encuentro es el cosmos, que aparece *en el área de mi vida*. El cosmos es una realidad *radicada*, una interpretación de una de las realidades radicadas que aparecen en mi vida. *Mi vida engloba el cosmos conmigo*. Lo primario, coetáneo conmigo mismo, sería el *mundo* en su sentido inmediato y vital de *mi circunstancia*. Lo que entiende Marías por hombre es *alguien que puede ser tú*, y por eso soy *yo*. Entiende por hombre *alguien que es un proyecto*, que ejerce una presión sobre la realidad, que es lo que encuentro cuando estoy con alguien, cuando hablo con alguien o, sin verlo, escucho su voz, o leo una carta suya, tal vez de una persona cuya cara nunca he visto, cuyo organismo desconozco, y que tal vez ha muerto<sup>61</sup>.

#### EL INGREDIENTE DE LA ILUSIÓN

El deber es cosa importante, pero secundaria, es el sustituto de la ilusión<sup>62</sup>. La ilusión afecta a la dimensión futuriza de la vida humana, a la anticipación insegura; pero no puede ser *mera* anticipación, porque su cumplimiento o logro la haría desvanecerse; por el contrario, la ilusión lograda *persiste* programáticamente, y por eso no es primariamente de cosas, sino de *personas*. La ilusión es la realización proyectiva del deseo con argumento. Esto nos lleva a pensar que se es persona en la medida en que se es capaz de ilusión y que esta se realiza y alcanza sus grados mayores de intensidad y autenticidad. No sólo es su método de investigación, sino que resulta una de las categorías que definen la persona y la constituyen como tal. Empezamos a adivinar que *persona es*

<sup>60</sup>Marías, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. XIII *La mundanidad*, p. 91.

<sup>61</sup>Marías, J.: *La indagación sobre el hombre* (1980). O. C. T. 10, pp. 232 y 233.

<sup>62</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1929), Lección XI *La realidad radical es nuestra vida*, p. 426.

*aquella extraña realidad que puede tener una vida ilusionada*<sup>63</sup>.

#### LA PERSONA EN BUSCA DE LA FELICIDAD

El hombre es un animal esencialmente desequilibrado que, sin embargo, existe; lo cual quiere decir que no es propiamente un animal: cuyo existir es siempre equilibrio, o si no, es dejar de existir, sucumbir. A esta paradójica condición de constitutivo desequilibrio debe el hombre toda su desgracia, toda su miseria y todo su esplendor. El hombre representa, frente a todo darwinismo, el triunfo de un animal inadaptable e *inadaptable*. Sin duda logra constantemente adaptaciones parciales, pero cada una le sirve para una nueva adaptación. A su luz nos parece la vida humana *íntegra*, como lo que es en *permanencia*: un *dramático* enfrente y contienda del hombre con el mundo, y no un mero desajuste ocasional que se produce en algunos momentos. El hombre es el *único ser* que echa de menos lo que nunca ha tenido. Y el conjunto de lo que echamos de menos sin haberlo tenido nunca es lo que llamamos *felicidad*. De aquí podría partir una meditación de la felicidad, un análisis de esa extraña condición que hace del hombre el *único ser* infeliz precisamente porque necesita ser feliz, porque necesita ser lo que no es<sup>64</sup>.

El mundo en que vivimos tiene siempre una *tonalidad*. Por ello, el encontrarse en él es encontrarse *bien* o *mal* afecta, no a algún contenido particular, sino a la vida misma, y no a la vida entera, porque la integridad de la vida es precisamente problemática y resultará quizá incompatible con la felicidad. El placer es siempre placer del momento; *ahora* siento placer, en este

<sup>63</sup>Marías, J.: Ob. Cit. (1996). Cap. XIII *La ilusión como método*, pp. 113 y 114. Con el subrayado quiero resaltar la doble vertiente de la definición de Marías. En un sentido, la necesidad vital de la persona de apoderarse de la ilusión. Ella es una de las creaciones que permiten a la persona afrontar su proyecto vital, desde la profesión hasta el amor, pasando por la amistad o cualquier otra realización humana. Si se carece de ella, la persona se adentra en un camino peligroso, ya que, no encuentra sentido a su vida. Esto le hace caer en una posible trayectoria doble: o bien, se adentra en una crisis personal profunda, porque no sabe qué hacer con su vida, *quién quiere ser*. En ese momento es cuando adquiere su pleno significado la metáfora del naufrago de Ortega. O bien, decide dejarse llevar por lo que hacen los demás, entonces deja de tener vida o proyecto propio, y cae en el mundo y en el carácter de la masa.

<sup>64</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1948). Cap. X *Las civilizaciones originales*, pp. 189 y 190.



momento que quisiera eternizar. La felicidad o la infelicidad, por supuesto afecta más bien a la futurición. Soy feliz quiere decir primariamente estoy siendo feliz, lo cual supone una continuidad proyectiva: voy a ser feliz, o a la inversa, voy a entrar en la infelicidad. Las necesidades humanas, cuyo logro parece asegurar o hacer posible la felicidad, son aquello en que consiste la verdad de la vida, de cada vida, aquello con lo que se encuentra uno identificado en el fondo insobornable; porque no se puede engañar a la felicidad. La más frecuente reacción del hombre ante la amenaza y la inseguridad, para asegurar la felicidad, es la renuncia, la simplificación del proyecto; ha habido doctrinas y épocas enteras que han hecho de la renuncia y la simplificación el método de la felicidad. Esto puede asegurar el bienestar o la comodidad o la ausencia de dolor, o su mitigación, pero elimina la felicidad. Hay que proyectar en varias dimensiones, a distintos niveles, unitariamente. Se dirá que no es fácil, ciertamente, pero nadie ha dicho que sea fácil vivir; por el contrario, vivir es la suma dificultad<sup>65</sup>.

El hombre aparece formalmente definido por el descontento, que es en absoluto inexorable, y a la vez el hombre es el ente que necesita ser feliz, que absolutamente necesita ser feliz y no se resigna a no serlo. Llegamos, pues, a una noción del hombre como imposible. Y hay que retenerla, porque el hombre, efectivamente, es un imposible. Temáticamente, ser hombre consiste en intentar ser lo que no se puede ser. Esta faena, verdaderamente inverosímil y casi increíble, de la que estoy hablando es lo que hacemos todos nosotros todos los días, y se llama vivir. La felicidad, por tanto, consiste en la realización de cierta pretensión o proyecto vital que se constituye, dentro de un repertorio de circunstancias determinadas. Es decir, se trata de cierta presión que yo ejerzo sobre las circunstancias, las cuales me permiten o no realizar esa pretensión, proyecto, programa o vocación. Si lo consigo, decimos que soy feliz; si no lo consigo, decimos que soy infeliz, desgraciado, desdichado, desventurado. Claro está que el proyecto vital nunca se realiza plenamente. Tampoco, en general, se frustra por completo. Por eso la vida humana suele ser un compromiso entre felicidad e infelicidad<sup>66</sup>.

<sup>65</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. XVIII *La felicidad, imposible necesario*, pp. 195 y 198.

<sup>66</sup>Mariás, J.: *La felicidad humana: Mundo y paraíso* (1952), Obras, T. 1, pp. 381 y 385.

Ese balance se expresa en términos de *felicidad*. Algo radicalmente distinto del placer, del bienestar, del éxito. La felicidad da la medida de la realidad de la persona, y descubre que no está íntegramente en su mano, que la circunstancia o el azar pueden minarla o destruirla: la infelicidad es el reverso de esa esencial posibilidad humana. Pero también en ella se reconoce la persona, la acepta, la siente suya en la medida en que adhiere a su proyecto imaginario, en que sigue, a pesar de todo, aferrada a su destino<sup>67</sup>.

#### LA NADA COMO REALIZACIÓN DE LA INFELICIDAD

En *La interpretación visual del mundo*, apuntó Mariás que las tinieblas son probablemente el origen psicológico de la noción de la nada; pero las tinieblas no consisten en que *no se ve*, sino que, en ellas, *vemos que no se ve*. En español podríamos distinguir fácilmente entre nada y la nada. El artículo confiere realidad a la nada, aunque sea la negación de toda realidad, hecha desde ella. Es el sentido ontológico de lo que Mariás denomina amenaza. Frente a la nada como *materia*, podemos hablar del carácter *programático* o *proyectivo* de la nada, la nada como *horizonte*. Es el *correlato* de la personalidad. La nada está sostenida programáticamente por mí; si se prefiere, y aún con mayor rigor, está radicada en el área de mi vida, donde se constituye como la negación de toda realidad, como la amenaza de aniquilación; su consumación sería nada, es decir, la pérdida de su sustantividad, expresada por el artículo<sup>68</sup>.

#### LA NOVELA, GÉNERO PARA NARRAR LA VIDA PERSONAL

Si las figuras épicas son inventadas, si son naturalezas únicas e incomparables que por sí mismas tienen valor poético, los personajes de la novela son típicos y extrapoéticos; tómanse no del mito, que ya es un elemento o atmósfera estética y creadora, sino de la calle, del mundo físico, *del contorno real vivido por el autor y por el lector*<sup>69</sup>. El maestro alemán Cohen determinó que la novela surgió como una crítica irónica a la épica. Con ello ya se delimita una separación complementaria clara. Pero para Ortega la esencia de

<sup>67</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1996). Cap. XXI *El destino de la persona*, p. 176.

<sup>68</sup>Mariás, J.: Ob. Cit. (1970). Cap. IV *La creación y la nada*, p. 30.

<sup>69</sup>Ortega y Gasset, J.: Ob. Cit. (1914). Cap. *Helena y Madame Bovary*, p. 89.





la novela es más radical. La misma nace para literaturizar la vida diaria con sus circunstancias. Para Marías, la novela, que tiene su génesis en las tragedias griegas, es la creación donde la historia personal fermenta. El problema de la novela griega es que ha sido corrompida cuando se le ha incorporado el mito, que es una realidad negativa o hipócrita. La novela es un conjunto de diálogos, de cambio de afectos de hombre a hombre<sup>70</sup>. Desde la óptica de Marías, la novela de Unamuno nos pone en contacto con esa verdadera realidad que es el hombre. Este es, ante todo, su papel. Otros modos de pensar parten de esquemas previos y abstractos. Unamuno, en cambio, procura la mayor desnudez y autenticidad posibles en el objeto que trata de abordar. Intenta llegar hasta la inmediatez misma del drama humano y contarlo, simplemente, dejándolo ser lo que es. La misión de la novela existencial o personal es hacernos patente la historia de la persona, dejándola desarrollar, ante nosotros, en la luz, sus íntimos movimientos, para desvelar así su núcleo íntimo. Se propone, simplemente, mostrar en su verdad la existencia humana. Para conseguir esto cuenta con el recurso que se acomoda más perfectamente a su temporalidad es el relato. No se trata de la mostración estática de una estructura, por ejemplo psíquica, de una figura, ni siquiera de las fases en que se desenvuelve, sino de asistir a la constitución misma de la personalidad, en el tiempo. Con esto se puede ver la vida humana desde ella misma, reviviéndola sin convertirla en cosa, sin mirarla como algo hecho que está fuera de nosotros. La novela se realiza en el tiempo, dura, y además apresa un tiempo vital, un ritmo presuroso o pausado, que es el de una vida, muy distinto del tiempo del reloj que va pasando mientras leemos. Así la novela constituye el órgano adecuado para mostrarnos algo que también acontece temporalmente. Las dos, novela y vida, consisten esencialmente en temporalidad<sup>71</sup>.

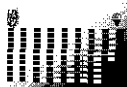
## CONCLUSIONES

Como ya anunciamos en la Introducción de este trabajo, en las Conclusiones se pretende por una parte, sintetizar los principales argumentos y conceptos presentados a lo largo del mismo y, por otra, intentar aplicar la filosofía de la Persona de Ortega, con las

aportaciones de Marías, desde la posición de una persona de mi generación. Con ello, se trata de hacer una manifestación empírica de la cuestión planteada, no solo para constatar la vigencia de su contenido, sino especialmente, para mostrar la ayuda que la asimilación de la misma puede dar a cualquier ser humano que decida conocerla y aprehenderla. Uno de los principales auxilios y de las enseñanzas que podemos extraer de la metafísica orteguiana es el sentido dramático de la vida personal. Las dificultades que conlleva vivir, en cualquier tiempo histórico, son unas realidades que la persona ha de tener presentes desde su infancia. Desde el periodo de lactancia, como ha indicado Marías, el recién nacido mantiene una dependencia con sus progenitores. Los cuidados de la madre y del padre, que se suelen extender a otro nivel a los abuelos, resultan ejemplificadores. Pero esa dependencia, ya parte incluso del periodo previo a su nacimiento a *este mundo*, es decir, al proceso de nueve meses que el feto, una vez se ha producido el hecho biológico y biográfico. Ya que, durante esa etapa, requiere que la madre realice una vida normal, pero con unas medidas de precaución especiales, -las cuales suponen unas variaciones en la vida cotidiana de la madre y del padre de diversa índole-; a las que el progenitor también se ve afectado. ¿Cuáles son esas nuevas circunstancias sugeridas en ese capítulo biográfico de la pareja? Como cada vez se hace más patente, en una realidad que posiblemente se va a consolidar en los próximos años y en las décadas venideras, ambos disponen de unas obligaciones laborales fuera del hogar. Al disponer la mujer de unas condiciones especiales en el marco del trabajo durante su embarazo, la realidad de la pareja también se ve afectada. La riqueza de las experiencias que se extraigan de este hecho biográfico pueden resultar muy valiosas para la capacidad de autosuperación, y para ofrecer y recibir una mejor convivencia. Porque el hombre ha de saber que los cambios que afectan a su cónyuge son de una radicalidad suprema. La mujer va a vivir unas transformaciones más allá de su cuerpo, se ve afectada en su acontecer diario. Tras un periodo, donde podrá seguir con sus quehaceres profesionales, éstos se verán interrumpidos durante unos largos meses. La mujer se ha de hacer a la idea de la adquisición de un nuevo ritmo vital, donde su estructura empírica accede a una nueva *instalación*. Ella se adentra, poco a poco, en una nueva condición, la de su maternidad; que conoce desde fuera, como observadora y con-viviente, por las experiencias de personas allegadas; pero a la que ahora tendrá que darle su carácter personal. (**Papel de su madre, normalmente cerca y auxiliadora**) Sin embargo, en

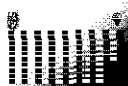
<sup>70</sup>Marías, J.: *Comentario definitivo a Meditaciones del Quijote* (1957), pp. 188, 200 y 204.

<sup>71</sup>Marías, J.: *La escuela de Madrid* (1969). Obras, 3ªed, pp. 238 y 239.



esa nueva instalación, el papel de su esposo resulta clave. Porque en la institución del matrimonio, sustentada en el amor, en el proyecto de vida compartida, ha de obtener la contrapartida masculina. En ese acontecer biográfico del embarazo, podemos encontrar uno de los momentos de mayor manifestación de las actitudes de la persona para dar y recibir. El hombre habrá de asumir el liderazgo de ciertas circunstancias, las propias de hacer mejor llevadera las dificultades hogareñas y sociales de su compañera. Cuando hablamos de liderazgo, queremos decir el aceptar y afrontar mayor peso en las obligaciones antes realizadas por ambos en términos de equilibrio. En el lenguaje cotidiano, una expresión que puede representar este comportamiento es **apoyarse en el hombro del otro**. En ningún momento, quiere decirse que la mujer entregue parte de sus obligaciones, ello le haría sentirse, al interrumpir su ocupación profesional, que le faltaría quehaceres en su vida. Sino que, ahora ha de variar sus quehaceres *temporalmente, por otros*. Aquellos enfocados a su autocuidado y al del niño. Es más, como el hombre tiene que corresponderle al llevar el peso de las faenas del hogar (compras, organización de la casa, comidas, etc.); una manera que la mujer puede ensayar para corresponderle por una parte y; por otra, para tener un nuevo quehacer que la satisfaga y compense sus quehaceres interrumpidos por un tiempo, es la de *acercarse más íntimamente al hombre*. ¿Qué queremos afirmar con esta expresión? Como Ortega mostró la instalación y la condición biográfica del hombre y de la mujer son diferentes. El varón está más pre-ocupado por quién ha de ser en el marco de lo social, es decir, recibe una enseñanza vital por la generación de sus padres, donde ha de marcarse unas metas profesionales que ha de cumplir. Mientras, la mujer halla en la vida diaria su propia razón de ser, se siente realizada sin necesitar el reconocimiento expreso y, sobre todo, continuado de los demás. En cambio, los procesos históricos, marcados por los cambios generacionales, como ha señalado Mariás ha transformado la condición femenina en las últimas décadas, donde comparte cada vez más realidades con el hombre. Cuando uno se detiene hablar con mujeres próximas de su generación, quienes pertenecen en torno a 1974, escucha con reiteración que una de las metas de cada una de ellas, una meta compartida, es lograr en los próximos años y decenios, la conciliación del reconocimiento del éxito profesional y familiar. Es un dato biográfico curioso a analizar, porque en la charla amigable e íntima con cada una de ellas, sin la constancia entre ellas de que ese hecho se repita, adquiere unas dimensiones inusitadas. La mujer, que

actualmente está a punto de entrar en el mercado profesional o ha iniciado su singladura, para diferenciarlo de ese tan rico y trascendente que es el doméstico, ya viene cuestionándose esa posibilidad. Una realidad que es *futura*, como *su persona*, pero que pausadamente va adquiriendo cuerpo en su *trayectoria biográfica*. Además, la sustancia de las preguntas que se hace la mujer tienen vectores diversos, pero cada uno de ellos convergen en su proyecto personal. Estas jóvenes mujeres coinciden al plantearse supuestos como: ¿seré capaz de compaginar el trabajo profesional con la casa y el cuidado del niño?; ¿qué me va a aportar mi pareja en estas responsabilidades; ¿cuál va a ser la respuesta que voy a tener de mi jefe, me pondrá alguna traba para poder seguir trabajando?; ¿cómo voy a ser juzgada por mis familiares y allegados como madre?; ¿cómo va a ser mi relación con el hijo o la hija, seremos capaz de entendernos?; ¿cómo va a variar nuestra vida, (con su pareja)? Cada una de estas cuestiones son de una enorme importancia, además denotan unos matices en la forma de ser de la mujer actual muy conscientes de qué temas le pre-ocupan y tiene en mente para su vida. Suponen lo que en término orteguianos se denomina: **estar a la altura de los tiempos**. Y, que Mariás ha completado con esta otra: **profundidad de los tiempos**. Tanto en una como en otra, emerge la persona, su carácter, quién quiere ser y cómo quiere ser. Ahí radica el sentido del ensimismamiento y de la razón vital. La persona, en este caso, la femenina mira dentro de sí y fuera de sí. Dentro de sí porque es consciente de lo que quiere para sí y de sus circunstancias. Fuera de sí, porque necesita conocer o llegar a saber cómo van a reaccionar los otros, aquellos que de una u otra manera integran parte de sus 'circunstancias'. Hay en esas actitudes una sensibilidad que difiere de las heredadas. Cuando la mujer, por ejemplo, se cuestiona cuál va a ser la calidad de su respuesta como madre, si será capaz de sentirse a gusto con lo que aporta a su vástago, lo que se conoce como *ser una buena madre*, es consciente de que va a ser mirada por los otros. Es una mirada que tiene ojos generacionales, porque las perspectivas se diversifican a todas aquellas personas de su entorno inmediato: su propia madre, su suegra, sus hermanas y hermanos -si los tiene-, sus compañeros de trabajo, su padre, sus tíos, amigas y amigos, principalmente. Incluso más cercana e íntimamente, en la figura de su esposo, con quien comparte generación -caso hoy normal-, y quien en su día tuvo un determinado cuidado materno.



La mujer de hoy intuye o conoce que no sólo va a ser valorada, en una u otra medida, por su capacidad de tener éxito profesional sino también por sus actitudes por tener una vida familiar y maternal exitosa. La *inquietud femenina de nuestro tiempo*, en aquellas mujeres que disponen de esta rica visión personal de sus vidas, tiene una mayor radicalidad cuando ellas forman parte de una realidad familiar o social, donde alguna de sus componentes ha decidido otro proyecto personal. Pero no aludimos aquí a un proyecto personal cualquiera, porque estando con Ortega y Marías, aún las vidas con mayores similitudes, todas y cada una de ellas son *diferentes*, son biografías personales. Aquí queremos contrastar ese caso biográfico con la de una hermana o una conocida que ha elegido una biografía a la *antigua usanza*. Esto es, una persona que prefiere ser un ama de casa, y rehusar del trabajo en una empresa. Su empresa es la instalación en el hogar, dedicar su día a que cuando el marido o los hijos regresen, encuentren que ella se ha realizado a través de las labores domésticas, y les ayude a sentirse a gusto en el hogar familiar. El cotejar estos dos supuestos puede ser bueno para entender cómo son los diferentes tipos de mujer hoy; cómo son los hombres; cómo son las relaciones interindividuales en la actualidad; cuáles son las diversidades que hay dentro de una misma generación; cómo se llevan las relaciones intergeneracionales. Porque en los intentos de respuesta, tal vez hallemos claridad en cómo se vertebra la persona y la sociedad a partir de unos usos u otros; cuáles son las vigencias del presente, y cuáles pueden ser las creencias y usos en los tiempos venideros. De ellas, es factible sacar aprendizajes para enfocar nuestra vida y la convivencia. Es más, cuando afirmamos que la mujer en cinta ha de hallar en *un nuevo nivel de intimidad con su compañero*, un nuevo quehacer, queríamos decir que ella ha de crear una nueva experiencia que le acerque a entender mejor al *otro*, y que *éste la entienda con mejor sensibilidad a ella*. Porque en esa variación en la capacidad de darse y recibirse la persona va a dar una nueva dimensión de sí misma, va a *definirse nuevamente*. Y va a hacer que *la otra persona también se defina*.

## BIBLIOGRAFÍA

- **La Escuela de Madrid.** Obras. T. 5. Revista. de Occidente. 1969. 3ªed.
- **La imagen de la vida humana".** Obras. T. 5. 1969.
- **La educación sentimental.** Alianza Editorial. Madrid. (1992:1).
- **Razón de la Filosofía.** Alianza Editorial. Madrid. (1992:2).
- **Mapa del mundo personal.** Alianza Editorial. Madrid. 1993.
- **Persona.** Alianza Editorial. Madrid. 1996.
- **¿Qué es Filosofía?** Obras Completas. Revista de Occidente. Madrid. 1929.
- **La rebelión de las masas.** Espasa Calpe. Colección Austral. Madrid. (1ª ed.1930). 25ª ed. 1986.
- **Goethe desde dentro.** Obras Completas. Revista de Occidente. T. 4. Madrid. 1932.
- **Una interpretación de la Historia Universal.** Obras Completas. Revista de Occidente. T. 9. Madrid. 1948.
- **Goya.** Obras Completas. Revista de Occidente. T. 7. Madrid. 1950.
- **El hombre y la gente.** Revista de Occidente. Madrid. 1957.
- **Julián Marías: "La felicidad humana".** Obras. T. 6. Revista de Occidente. Madrid. 1952.
- **"Lo esperado y lo sucedido: 1923 - 1963".** Obras. T. 10. Revista de Occidente. 1963.

